

9

COLECCIÓN
José Pío Tamayo

William E. Izarra

***Cuentos
de fácil
lectura***



Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

9
COLECCIÓN
José Pío Tamayo

William E. Izarra

*Cuentos
de fácil
lectura*

FEI
Fondo Editorial Ipasme

Cuentos de fácil lectura
William E. Izarra

Depósito Legal: **lf65120128003477**
ISBN: **978-980-401-158-0**

Diseño gráfico y montaje: **Yaraiví Alcedo**
Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina
(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias
Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.
Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela
Apartado Postal: 1040
Teléfonos: +58 (212) 633 53 30
Fax: +58 (212) 632 97 65

Presentación FEI

En América del Sur, ser militar es una profesión exclusiva para las clases más acomodadas. Sin embargo, ese no es el caso de Venezuela. Mientras en Colombia, Perú, Chile o Argentina, los militares son los hijos de los ricos, con grandes apellidos y cuantiosas fortunas, en Venezuela son hijos de maestros, albañiles y campesinos. En Venezuela no cabe un Rafael Leonidas Trujillo, ni un Pinochet, ni un Velázquez Alvarado, ni un Fulgencio Batista, porque nuestros militares provienen de una estirpe luchadora y popular; por las venas de los venezolanos corre la sangre indómita de Guaicaipuro, de Zamora, de Miranda, y del hombre que aunque provino de una de las familias más poderosas del país, tuvo la humildad y el desprendimiento suficiente como para sacrificar toda su comodidad y fortuna, en pos de la causa de la libertad y justicia social; Bolívar, entonces, es parte esencial del barro sagrado con el que los venezolanos estamos hechos.

En el siglo XX los ejemplos sobran; desde el alzamiento de los generales Pedro Pérez Delgado y Arévalo Cedeño contra Gómez y su traición, así como la gesta del general Román Delgado, cuando con un grupo de militares y civiles adquirieron sendos vapores de guerra (el Panther y el Falke), con la intención

de invadir el país por el Oriente. Más tarde, una vez derrocada la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, un amplio grupo de militares decidió tomar el camino de las armas contra la traición adeco-copeyana. De esta manera: los Vegas Castejón, los Moncada Vidal, Hugo Trejo, Molina Villegas, Ponte Rodríguez, Víctor Hugo Morales, Nicolás Hurtado Barrios, el Teniente Acosta Bello, y un larguísimo etcétera, formaron parte de un ejército cívico-militar, de pensamiento izquierdista, de nombre Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (F.A.L.N.).

Todos estos valerosos militares se alzaron contra el engaño argüido por la mano asesina de Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez y Jóvito Villalba, quienes prefirieron entregarle el país al imperialismo estadounidense, regalando nuestro petróleo, antes que beneficiar a los y las venezolanas con políticas que lucharan contra la exclusión. A esta estirpe de guerreros y vencedores pertenece el autor de este libro, William Izarra Caldera.

En plena efervescencia de la caída perezjimenista, ocurre un hecho que sacude al mundo entero; el triunfo de la Revolución Cubana. El impacto inmediato del movimiento guerrillero de “los barbudos” no se hizo esperar. El 8 de mayo de 1967 un grupo de cubanos internacionalistas arribaron a las costas del oriente venezolano, con la intención de colaborar en la lucha revolucionaria emprendida por el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), y aunque la expedición fracasó, la llama revolucionaria quedó encendida en las almas del pueblo venezolano.

Cuenta el Comandante Izarra que siendo teniente, fue enviado al campamento donde estaban apresados buena parte de los revolucionarios cubanos. Allí fue puesto a “resguardar” a uno de los prisioneros, quien entre una cosa y otra comenzó a explicarle el por qué de sus acciones y cuál era la verdad acerca de la Revolución Cubana, lo cual lo hizo abrir los ojos y le permitió entender muchas cosas. Después del descanso de rigor, Izarra se levantó ávido de más conocimientos y fue en busca de aquel prisionero cubano que le había resultado un libro abierto, pero lo que encontró fue su cadáver con un disparo en la frente. Al ser relevado de su tarea, Izarra salió a cumplir otras asignaciones, y cuando volvió a buscar al “insurrecto”, ya no estaba. Lo habían desaparecido. Desde ese momento comprendí que la “Revolución era la única vía para tener justicia en nuestro país”, comentó.

William Izarra Caldera formó en el seno de la Fuerza Aérea un grupo clandestino llamado A.R.M.A., que intentó organizar aquellos militares revolucionarios en todas las fuerzas. Tiempo después fue separado de su cargo militar y comenzó a transitar por el mundo de la pedagogía, graduándose en la Universidad Central de Venezuela como educador. Estuvo vinculado estrechamente al movimiento bolivariano y participó activamente en la organización del mismo. De este proceso embrionario surgió un folleto publicado en 2004 llamado “Del MBR-200 al MVR” donde describe minuciosamente el paso de la organización política clandestina a la plataforma electoral que llevó al Comandante Chávez al gobierno en las elecciones de 1998. En

ese mismo proceso, William Izarra fue electo senador al Congreso de la República, cargo que ocupó hasta la disolución del mismo, en 1999.

Permítame el lector incluir las siguientes líneas; en lo personal, debo decir que con William Izarra nos une un cordón intangible, casi espiritual, ya que entre él y mi padre (prematuramente fallecido) existió una profunda amistad, amen de ser camaradas de armas en la Fuerza Aérea. Por esta razón, desde muy niño los nombres de Izarra; de Iván Jiménez; de Eutimio Fuguet Borregales; de Freddy Yáñez Méndez, así como el de mi padrino Ramón Scovino, sanaron por los pasillos de la vida cotidiana, tanto con mi madre, como en la casa de mis abuelos paternos.

Pero además, con William Izarra nos unen lazos ideológicos, ya que en el referendo revocatorio del año 2004, fue designado por el comandante Chávez como responsable nacional del Comando Maisanta, en el área de Ideología, y allí tuvimos la oportunidad de estar en la misma trinchera de lucha. Desde ese espacio impulsamos la creación de los CEFI (Centros de Formación Ideológica) con los que se buscaba formar de manera sencilla, en las bondades del modelo socialista bolivariano, apalancando al proceso revolucionario y despertando (y elevando) los niveles de conciencia de nuestro Pueblo.

William Izarra ha resultado un prolífico escritor e intelectual. Ha publicado una larga lista de artículos de prensa, no solo en los medios digitales como www.aporrea.org, sino en diarios de circulación regional y nacional. Hoy nos presenta otra faceta

de su trabajo intelectual, con este libro de “cuentos que no son cuentos”, que vienen a engrosar aún más, su vasta obra como escritor. Para el Fondo Editorial IPASME, es un placer poner en sus manos esta recopilación de relatos que esperamos sean de su agrado y provecho.

Roger Blanco-Fombona
Historiador

El quinto de verde

En posición de firme, correctamente uniformado con la gorra sostenida en su lado izquierdo, como lo manda el reglamento militar, el Comandante Luciano a viva voz y mirando al frente solicita permiso para pasar a la sala. Antes pudo ganarse la confianza del ayudante del ministro y entrar al recinto dos horas previas a la cita para colocar en posición estratégica la pantalla portátil, el retroproyector y las 5 carpetas gruesas que contenían todo el material que justificaba sus planteamientos. De no ser por la ayuda que le brindó el Mayor Dionisio no hubiese podido asumir su defensa con todos los gráficos y documentos que requiere una explicación argumentada para evitar su baja de las Fuerzas Armadas.

A Luciano lo delata un oficial subalterno quien al tratar de ser captado para su lucha, entró en estado de pánico y salió directo a confesarle a un compañero lo que le acababa de acontecer. Éste, que era agente secreto, levantó un informe y lo entregó a su agencia. La Dirección de Inteligencia Militar inició las averiguaciones y determi-

nó que Luciano estaba implicado en algo contra la democracia, acusándolo de participar en una conspiración marxista-leninista en el seno de las Fuerzas Armadas.

En esa sala se reunía el Consejo de investigación que decidiría la suerte de Luciano. Tres expedientes le instruyeron los diferentes cuerpos que determinaron competencia para investigar sus andanzas; y los tres expedientes fueron revisados por los 5 miembros del Consejo. Luciano, al solicitar el permiso para entrar y mirar la mesa larga de madera con las poltronas ejecutivas donde se sentaban los cinco quedó sorprendido con lo que veía; pues dos estaban uniformados de color beige, dos de azul y el quinto de verde. Eso le dio plena seguridad de su triunfo. Supo entonces que la visión que tuvo con la gnóstica María la noche anterior se haría realidad. Los espíritus de luz que llamó María le indicaron que un hombre vestido de verde con mucho poder se lavaría las manos como Pilatos y cerraría la investigación por falsas e inconsistentes pruebas. Inaudito para él que alguno estaría de verde ya que 3 eran del ejército y su uniforme es beige y los otros dos de la Aviación de uniforme azul. Sin embargo, el ministro venía de una faena en uniforme verde y como Jefe máximo decidió asistir a ese acto vestido así. Luciano se iluminó. Se generó una fuerza interna centrifu-

gadora que le dio el poder para salvar su causa.
A su lado, sin ser percibidos por el ojo humano,
estaban los espíritus de esa noche.

Raymond Robion

Ansiedad es lo que siente Raymond al entrar a la sala de juego. Verse en tan imponente sitio de lujo le produce tanta emoción que seduce a su ser. No deja de mirar a los lados y camina con pasos lentos para sentir el espesor de las alfombras rojas que cubren sus zapatos. Inhala el aire frío que sale de la turbina moderna de los equipos Carrier que recién acababa de instalar el casino. Más alegría siente al contemplar los cuerpos hermosos de las mujeres con exóticos vestidos dejando ver las formas de sus libidinosas figuras que excitan por la exhalación de deseo, goce y ambición. Más cerca de la mesa de ruleta siente el sonido cuando la bola de marfil después de engañar a los números rojos y negros se para en el cilindro y explotan tensiones retenidas de quienes han colocado un cúmulo de energía esperando su suerte.

Raymond toma las fichas y detalla cada una de las que le permite sostener su blanca mano. Ahora la ansiedad cede el paso al orgullo. Sentir al tacto de su piel en la misma sala de juego, de frente a la rueda que hace crujir fortunas y saber que ese

pedazo de arcilla moldeado por compresión es obra de él, de su padre, de su familia que la ha trabajado desde que se inauguró el casino en 1856 le genera placer y satisfacción. Ese pedazo de elemento compuesto que acarician sus dedos lo suministra Robion et Beuil Successeur, de la que su padre sigue siendo propietario. Él conoce el secreto comercial y sabe lo duro del trabajo que genera el proceso de la transformación de la arcilla y algunos aditivos para que puedan crearse las fichas en Montecarlo. Pero sabe también que en el mercado de tan exigente y elitista producto, la tecnología va abriendo brechas y presentando nuevos compuestos que hacen de la ficha de juego un arte de colores, materia y peso. Así ChipCo International, Gaming Partners International y Nevada Jacks compiten con Robion et Beuil Successeur introduciendo la ficha de cerámica de menor costo, más duración y mejor manejo por los apostadores. Detalle significativo que ha hecho reducir las ventas de Robion. Los últimos dos años fiscales de la empresa la utilidad que saltaba el 300% ha visto descender la curva de la acumulación hasta solo un 30%.

Raymond aún en posesión de las fichas no deja de pensar en la proyección de la utilidad de la empresa y su incidencia en el futuro negro que vislumbra. Sin dejarse abatir por esta realidad, el efímero momento de la depresión que le cambió la expre-

sión de su rostro, sobrepone la adversidad y retoma la emoción que sintió desde que se aproximaba al corazón del Principado de Mónaco hacia las cercanías de Carlo's Belle Époque Ópera y el mar Mediterráneo. Decidido a vencer se arroja a encontrar el éxito en la mesa de la ruleta. "...*Hagan sus apuestas*", dijo el *croupier*. Raymond se llena de fuerza positiva y aunque sintió paralizado su corazón se lanza a la batalla para ganarle a la banca. Va al grano y se enamora del 7. Gira la rueda y aquel sonido que brinca en la sien del apostador cesa indicando que se ha sentado en su número. Impactado por la alegría que siente el jugador al ganar tomó su recompensa, lo apiló en su mismo número, pidió un trago e invitó a dos monumentales damas a que lo acompañaran, mientras veía rodar el marfil que insistió en detenerse en el mismo sitio anterior. Alegría e ímpetu crecía en su interior lo que le hacía sentirse un ganador predestinado. Recordó en algún momento de las dos horas continuas que llevaba en esa mesa a su tía Roxanne quien le pronosticó que si perseveraba en sus intentos por triunfar en lo que él necesitara lo lograría; pero, tenía que hacerlo con la plena convicción de alcanzar la meta anhelada.

A la medianoche, cuando ya ganaba miles de miles de euros, vibra su celular y extrañado por los impulsos que detectaba su muslo derecho debido

a los movimientos del equipo portátil, alojado en el bolsillo derecho del pantalón y que para ese entonces se había olvidado de su existencia, Raymond responde. Era su madre quien por intuición sintió que debía llamar a su hijo. “...¿*Dónde estás?*”, preguntó Giselle. Raymond no supo qué decir. Se quedó sin palabras. Sentía que un abismo se abría a sus pies y que por ese precipicio caía dando tumbos. Pero la madre, aguda en sus percepciones, pudo detectar el característico sonido de la bola de marfil que inocentemente saltaba de número en número. “*Estás en el casino...*” le dijo. Paralizado por sentirse descubierto cerró el teléfono y sin decir palabras tomó las fichas, se dirigió a la taquilla para cambiarlas y temblando por los nervios que produce quien delata su secreto, no se inmutó al recibir un millón de euros.

Dirigió su auto hacia el hogar de sus padres. En el camino iba pensando que lo ganado solventaría la situación crítica de la empresa y que eso les alegraría a ellos. Más calmado, estacionó el vehículo y sin dejar de sentirse alterado por los nervios entra a la casa siendo un poco más de la medianoche. Llama a su madre y ésta sale a recibirlo con un abrazo de lágrimas. “*Es tu padre...*” le dice. “*Que pasó...*” pregunta Raymond. “*Acaba de morir. Un infarto le quitó la vida al enterarse que estabas jugando en el casino...*” Raymond no

dijo palabra alguna, solo repasó mentalmente la historia de la familia. Su bisabuelo Eugéne en 1908, fue estafado por el alcalde de la provincia Beuil en ese mismo casino. Una noche de juego y licor, Carlon Garnier haciendo valer su condición de funcionario público compró por unos francos a un *croupier* quien hizo trampa para quitarle la fortuna a Eugéne. Cuando éste comprobó que su ruina no fue por el azar del juego, buscó al alcalde y al encontrarlo en el mismo sitio intentando estafar a otro apostador menos astuto que él, desenfundó un revólver y le descargó las 5 balas del cargador. Eugéne no pudo demostrar que el alcalde le había tendido una trampa y lo sentenciaron a cadena perpetua. A la familia le sometieron al desprecio público: nadie los saludaría, ni visitaría, ni les hablaría. Esto hizo que Baylon, abuelo de Raymond asumiendo los valores familiares inculcados por la génesis de la familia Robion jurara en honor a su padre que ningún miembro de la familia de esa época y su descendencia visitara un casino a jugar ruleta o máquinas tragamonedas. El juramento incluía que aquél que no lo cumpliera tendría que pagar con su propia vida; así se mantendría limpio el honor de los Robion, valor moral de duración eterna y principio fundamental de subsistencia de la familia. Raymond al saber que violó el juramento familiar y ver tendido en la cama sin

vida a su padre Firmin por su propia culpa, regresó a su auto y sin parpadear salió en rauda carrera hacia el mirador que presenta una vista panorámica espectacular de Montecarlo a unos 300 pies sobre el nivel del mar. Se estacionó a unos metros del borde y suspirando profundamente tocando en sus dedos una de las fichas del casino que encontró en su traje, aceleró hasta el fondo desbarrancándose con su auto que fue a parar a las rocas espigadas del mar Mediterráneo.

La escopeta de mi abuelo

Dice Quintero en su cuento que mi abuelo tenía una vaca que se alimentaba de morocotas y que un buen día esa vaca amaneció muerta a la orilla del río y los zamuros se la comieron. Agrega Quintero que mi abuelo buscó la escopeta y se pasó el resto de su vida cazando zamuros. No les perdonaba que le hubieran comido a su vaca.

Entonces para alcanzar a tantos zamuros mi abuelo cambió de escopeta. La vieja Winchester de 2 tiros y corto alcance no era la apropiada. Con sus ahorros se fue al pueblo y en la armería le dijeron que en la capital podía conseguir lo que quería. Tomó el autobús y viajó toda la noche. Buscó la dirección indicada y la miró en la vitrina. Era la AA 12 con tambor de 32 cartuchos, automática, de largo alcance y mira telescópica. La “escopeta letal” la llamaban. Los zamuros no se escapaban de ser blanco fijo. Mi abuelo afinó su puntería y bajaba de las nubes hasta los 1.000 metros de altura, a todo zopilote que se asomaba en la mira. Pero se le presentó un problema: la recolección de los animales

mueritos. Pensó que un perro cazador sería la solución y recordó que otro conuquero, Blas, tenía un weimaraner ya no tan cachorro. Decidido a no frustrar su meta, fue de visita donde Blas a pedirle precio por Chano, que así se llamaba. Pero Blas no lo vendía. “...alquílamelo...” le dijo. Blas movió la cabeza negativamente y le respondió: “...No, tampoco eso. Te lo puedo prestar por solo una semana...”

Mi abuelo enseñó a Chano a buscar a los zamuros muertos y a seleccionarlos: los de la morocota tenían una protuberancia entre el cuello y el vientre. Esos eran los que debía traerle. Los otros se quedaban donde caían. Chano, por ser un perro de inteligencia instintiva aprendió rápido, además como buen observador vio como mi abuelo le extraía a los zamuros la morocota. Chano entonces, por lealtad con su amo, le llevó un zamuro a Blas y le mostró la protuberancia y como debía sacar lo que adentro estaba. Sorprendido por lo que encontró, le indicó que trajera más. Mi abuelo pilló lo que hacía Chano y lo siguió para saber que hacía con sus presas. Al descubrirlo apuntó la AA 12 contra Chano y Blas, y a punto de accionar el disparador apareció Gala, el Ángel de la Tierra, protector de la vida, justiciero de la matanza de animales y luchador contra la avaricia y de un soplo envió a varios kilómetros lejos a

mi abuelo. Desde ese día no supimos más de él. Pero también desde ese día no deja de visitar el conuco un inmenso zamuro negro con un collarín amarillo idéntico al de mi abuelo.

Ayunga y Shaka

Ayunga era una negra culta, de buenos modales, inteligente y con muchos deseos de superación. Buena maestra y excelente estudiante. Soltera, menor de treinta años y con suficientes hombres que la cortejaban. Responsable y solidaria con su comunidad. Todas estas cualidades se unían a sus rasgos personales para hacer de ella una negra especial. Una linda negra que se diferenciaba del tipo que caracterizaba a la comunidad. Era la reencarnación de Agiri, la más hermosa de todas las esclavas en la época de la colonia cuando los dioses castigaron a los blancos. Agiri había muerto degollada por uno de los blancos opresores. Ahora, reencarnada en Ayunga, venía a la Tierra a cumplir otra misión.

Shaka era un blanco nacido en la comunidad de Ayunga. Aventurero, mantenía su vida con un jeep sin lona para los truristas que buscaban aventuras y emociones novedosas. A Shaka le gustaba Ayunga. Le excitaba su presencia. El cuerpo juvenil de ella, portando pantalones cortos, ajustados hasta la mitad de los muslos y blusas ceñidas al

pecho, eran una tentación inevitable. Le fascinaba verle las piernas, la curvatura de su cintura, el pelo corto liso que le caía al cuello. Su rostro expresaba la sensualidad más pura que mujer alguna le había transmitido. Muchas veces cuando estaban solos, conversando sobre sus metas existenciales, estuvo a punto de morderle los pezones de su busto. Eran tan libidinosos y provocativos que había que tener mucha fuerza de voluntad para contenerse. Pero, él tampoco quería enamorarla. Sabía que le podía hacer daño. Con él, ella que empezaba a madurar en la vida, no tenía futuro.

Un día Shaka le pidió a Ayunga irse de paseo a las playas del entorno. Ayunga se negaba, presentía que algo deseado pero no declarado pudiera ocurrir. Shaka elaboró un plan de salida por rutas de aventuras, diferentes a las que diariamente tomaba con los turistas. El placer que le producía andar con Ayunga le excitaba. Se arriesgó y la montó en su jeep sin decirle lo que había planeado. Tomando atajos y caminos de tierra, lodo, vías silvestres y selva se llegaba a Punta Celeste sin ser detectados por la comunidad. Punta Celeste quedaba entre Puerto Tuy y Tacarigua de la Laguna, atravesando el corazón montañoso de Barlovento. Era una playa salvaje, solitaria y virgen. Casi nadie la conocía. Pero de una belleza exótica, como todos los lugares de Venezuela a donde no ha llegado la civilización.

Al alcanzar la playa, la tarde caía y la marea comenzaba a subir para cubrir la arena blanca. El paisaje se tornaba romántico. La brisa fresca pegaba en sus cuerpos. El trance natural entre la luz que no termina de morir y la oscuridad que no se hace todavía, los obligó a lanzarse al mar. Shaka la agarró por la mano y así, de las manos tomadas, se zambullían juntos cuando la ola agitada pretendía batir sus cuerpos.

Avanzaron hasta más adentro del rompeolas. Se pararon en el punto donde circulaba una corriente de agua caliente. Aún con las manos agarradas miraron hacia la orilla y vieron el atardecer que se desvanecía. La tranquilidad del agua y la hora del regocijo crearon un ambiente sereno que los envolvía a los dos. Shaka captó la magia del momento y abrazó a Ayunga. Ella, que también lo deseaba, le cruzó los brazos por el cuello y lo besó en la boca. Gesto que encendió la chispa explosiva de los deseos contenidos de ambos. Él, más atrevido, le quitó el sostén del bikini. A ella se le erizó la piel. El placer de sentir en sus senos desnudos el tacto de Shaka y la brisa salubre que soplaba hacia la costa, le obligaron a entregarse al amor. Cerró los ojos y siguió los impulsos que el momento erótico le inducía. Shaka le besó los senos. Firmes y grandes senos oscuros como su piel; pero, tan apetecibles que era imposible dejarlos de agarrar,

de mirar, de hundirse dentro de ellos. Verlos era incrementar el deseo carnal. Shaka quiso satisfacer sus ansias acumuladas, muchas veces tentado a desahogarlas: morderle los pezones. Más erotismo les causó. A él, sentir en la punta de su lengua y el filo de sus dientes la piel espesa del círculo redondo del pezón. A ella, experimentar la saliva que lubricaba las excitantes puntadas que le ocasionaban los dientes de él.

Shaka se dejó llevar por el incontrolable apetito sexual y la besó en la boca con desesperación. Le bajó la parte inferior del bikini hasta las rodillas, igual hizo con su traje de baño y, así mismo, en esa posición incómoda ignorada por la pasión, le hizo el amor. Desconociendo el vaivén que le ocasionaba el complaciente mar y manteniendo el equilibrio como pudo, penetró a la linda negra Ayanga. Ella gimió con fuerza. Lanzó varios gritos ahogados con lágrimas de placer en los ojos. Pero el acto de amor no terminó en el agua. Salieron a la orilla y en la arena, acostados completamente desnudos, remataron con ardor, delirio y furor lo que empezaron con el agua hasta la cintura. La noche apareció y los arropó con sus estrellas que brillaban para ellos.

Las lochas de Tatá

Tatá le dejaba todos los mediodías una locha en una latica de mantequilla, curada de uso y adornada con unas pinceladas de acuarela que trazaban su nombre: “Egor”. Lo hacía al acostarse para la siesta. Egor abría la puerta del cuarto con mucho cuidado, de puntillas daba pasos hasta alcanzar la mesa de noche, agarrar la locha, besar su mejilla y salir hacia la escuela. El segundo turno de clases comenzaba a las dos. Cuatro cuabras era el recorrido hasta Las Linajes, escuela integrada para niños de 4 a 7 años. Con esa locha, Egor compraba una sorpresa y dos caramelos de leche. Aseguraba así la chuchería del día.

Tatá fumaba tabaco negro y era Egor quien se los buscaba en la bodega de la esquina de arriba. Tatá le daba un medio y con eso le pedía a Don Valarico le despachara dos Piel Roja, cigarrillo colombiano que se distinguía por la imagen del indio con su tocado de plumas. Egor también le traía a Tatá las papitas de leche desde la otra bodega, la de la esquina de abajo. Ella se sentaba en su mecedora en la entrada de la casa con sus dos Piel Roja y las

papitas de leche. Con Egor sentado a su lado en un banquito de madera, inhalaba el humo contagioso y mordía pedacito a pedacito las papitas de leche. Placer que disfrutaba viendo los carros que transitaban a esa hora y la gente que salía a pasear para ventilar su cuerpo con la brisa vespertina.

Tatá era la madrina de Eusebio, tío y padrino de Egor. Quizá por esta relación afectiva de preferencia familiar, Tatá se sentía tan unida a él. Ella era quien lo vestía en la mañana para ir a la escuela. Esperaba su llegada y le daba el almuerzo. Lo enseñó a cepillarse, a lustrar sus zapatos, a peinarse con brillantina. Le instruyó a compartir y dar a quien lo necesitara. Egor estaba atado a ella. Era una relación de profundo afecto y de asimilación de principios, morales y éticos. Le hablaba de la vida y sus cuentos de joven, de mujer adulta soltera, admirada y cortejada por tantos caballeros por el derroche de hermosura, simpatía y frescura de juventud lozana. Le hablaba también de su nueva etapa en la vida como vieja madrina y los momentos tan gratos que pasaba con él. Hecho que le daba más ganas de vivir. Ser eterna, pues.

Un día la mamá de Egor, Ursulina que así se llamaba, lo despierta temprano, lo viste apuradita y lo lleva fuera de la casa. Llama a su vecina, una cuadra más allá, rumbo al Este de la calle y le pide

que se quede con Egor. Deonilde, amiga de la infancia de Ursulina, sabía del apego de él con Tatá. Lo toma de la mano y abrazándole le dice: “... *Egor, aquí también te queremos*”. No se sorprendió por el abrazo. Eso le sucedía con frecuencia. Las amigas de su mamá cada vez que lo encontraban lo hacían. Pero sí le intrigaba por qué tan temprano lo sacaban de su casa sin llevarlo a la escuela. Caminó hasta la sala y en la mesa vio una latica parecida a la de las lochas de Tatá. Avanzó hacia ella y la agarró. En efecto, comprobó que era la latica de los mediodías. La volteó sobre la mesa y cayeron diez lochas y una moneda de dos bolívares de plata. Se le aceleró el corazón. Presintió que algo raro pasaba. Corrió hacia la ventana y empujado mirando hacia donde quedaba su hogar logró distinguir una caja negra grande que salía del zaguán. Deonilde le dijo que ese cajón era la urna de Tatá quien amaneció muerta; y que ella, Tatá, sabiendo que moriría, había dejado su herencia en esa latica que Ursulina le dio. Tatá dejó dicho que él, Egor, entendería su significado.

Egor sintió el dolor de la muerte; y, sin verter lágrima alguna, manteniendo la imagen fresca de Tatá sentada en su mecedora fumando su Piel Roja y comiendo sus papitas de leche, colocó las monedas en el bolsillo de su pantalón. Salió al patio de la casa, solo, sin que nadie lo viera sacó las

monedas mientras las frotaba en sus manos, plata y cobre se fundieron para que en esas manitos el metal fundido dibujara la imagen de Tatá y en voz baja le dijo: *“...daré las lochas al mendigo del mercado que siempre me pide cuando voy a Las Linaje, pero no le puedo hacer porque llevo solo una; y los dos bolívares a la señora que limpia la escuela que no tiene para comprarle ropa a sus hijos. Compartir con el más necesitado, eso tu me lo enseñaste...”*. Inmediatamente escucha otra voz que no es la de él. Un susurro, ronco pero muy claro que le suena a Tatá: *“... desprendimiento, eso eres tu, compañero de mis últimos años. Por ser así, a ti nunca mientras vivas te faltará la plata...”*.

Egor cumplió su compromiso, solo que en lugar de dar las 10 lochas lo hizo con 9. Él se quedó con la décima locha. La guardó en la misma latica de mantequilla y nunca la gastó. Esa locha era como su cordón umbilical con Tatá. Cuando estaba en situación crítica frotaba la locha y escuchaba a Tatá que le decía *“...Egor, tu sabes que nunca te faltará la plata. Haz lo que tienes que hacer”*. Solo eso y a Egor ese mensaje le encendía la inteligencia y veía la solución en su mente. Egor confiaba en su energía espiritual para solventar todo. Sentía también, lo palpaba en el alma, que debía compartir la parte que le indicaba Tatá con el menesteroso que se le presentara. Cuando necesitó ad-

quirir una nueva vivienda por el crecimiento de su familia y no tenía los medios, acarició su locha y Tatá le dijo: “...*ve a hablar con el Presidente el Banco Industrial de Venezuela...*”; pero, cómo...*si no soy político ni tengo amigos en el gobierno*, replicó Egor. “...*confía en mi bendición... encontrarás el camino*”. No había transcurrido una semana cuando recibió una llamada de Polonio Rovira, su compañero de estudios desde la época de Las Linajes treinta años atrás, para manifestarle que había sido nombrado Vicepresidente de Créditos Hipotecarios del Banco Industrial de Venezuela. Ahí estaba el camino que Tatá le abrió a Egor. Así como en este caso, Egor era iluminado por la luz que le daba soluciones. Él y su familia siempre serían bienaventurados por el espíritu de Tatá.

En su buena voluntad de ayudar al prójimo y en contacto con la gente más humilde, Egor se infectó de rinitis contagiosa, enfermedad respiratoria de rara frecuencia en el adulto de buena salud; pero el vínculo directo con todos los menesterosos en las condiciones en que se encontraran le produjo la contaminación mortal. Aunque no quería morir, era inevitable el desarrollo de la enfermedad. Invocó a Tatá y ésta le dijo que era la decisión del ser supremo. Como última concesión le pidió no desamparar a su familia. Tatá le recordó a Egor que su familia era también la suya.

Al morir, el día de su velatorio, a su esposa Claren-
cia se le acercó una bella dama derrochando her-
mosura, simpatía y frescura de juventud lozana; y,
sin decir palabra le entregó un cofre pequeño que
agarró con sus manos, lo abrió y había una moneda
adentro, la tomó y reconoció que era una antigua
locha cubierta con unas gotas de plata de una vieja
pieza de 2 bolívaes, levantó la cara para pregun-
tarle a la mujer el significado de esa moneda, pero
la joven dama no estaba. Había desaparecido, solo
dejó un aroma a tabaco negro mezclado con el sabor
dulce de las papitas de leche...

Annunziata

Una mañana temprana, Giusta le pidió a Annunziata acercarse hasta el puerto a esperar la llegada de Filippo. Regresaba a casa, después de haber pasado un mes en alta mar. Se encontraba en plena temporada de pesca larga.

Mientras Annunziata esperaba a su padre, sentada a la orilla del muelle, dos marineros borrachos que salían de la taberna “Buca di Bacco “ la raptaron. Los marineros no eran del pueblo. Habían llegado a Salerno, la tarde del día anterior para entregar su pescado a una de las procesadoras. Iban hacia su barco cuando se tropezaron con Annunziata.

La frescura de una niña de trece años, la abstinencia de la noche anterior y la soledad que reinaba en el ambiente, crearon las condiciones para desatar lo más ruin de su alma. La red de pesca que llevaban consigo se la lanzaron a Annunziata para inmovilizarla. Le taparon la boca y entre los dos, la cargaron hasta el patio posterior de la taberna. Allí le amarraron las manos, le taparon la

boca con un pedazo de tela y la desnudaron. Procedieron a besarla y acariciarla por todo el cuerpo. Le lamieron sus piernas, pechos y genitales. Sedientos de sexo, sin importarle el dolor y el daño que le causaban a la niña, la poseyeron. Al acabar con su crimen, la dejaron amarrada en el mismo sitio y emprendieron en veloz carrera su huida.

Todo el pueblo se estremeció al conocer la noticia. Giusta acudió a la policía; pero, la indolencia que caracterizaba a los funcionarios de los pueblos del sur de Italia, obstaculizó una acción de pronta respuesta. La denuncia se procesó sin mayores resultados. Giusta fue también a la iglesia para pedir consuelo y reclamar la justicia de Dios. El párroco, el padre Agripino, la invitó a orar y “...pedirle a Dios que se apiadara del alma de los pecadores”. Pero, más allá del reforzamiento espiritual, Agripino no podía hacer nada.

Por su parte, Filippo se fue a Éboli, su pueblo natal. Allí acudía con cierta regularidad a compartir las sesiones espiritistas que conducía Alessio. Por lo menos una vez al mes acompañaba a su comunidad en el ejercicio de sus creencias. En esta ocasión su concurrencia obedecía a una razón particular. Quería pedirle a Alessio su ayuda, para castigar a los culpables del crimen cometido contra su hija.

Alessio era famoso por sus poderes mágicos y capacidad adivinatoria. Éboli cobró renombre nacional a partir de los “milagros” realizados por Alessio. El más destacado fue el rescate de una niña que se había caído al río. No se sabía su paradero. La búsqueda fue infructuosa. La comunidad del pueblo la daba por muerta. Habían transcurrido tres días y seguía desaparecida. Los padres acudieron a Alessio. Éste, accedió a ayudarlos y con ellos se dirigió a una de las orillas. Se embarcaron en una pequeña canoa y enfilaron río bajo. A unos minutos de travesía, Alessio ordenó detenerse. Cruzaron la otra orilla y vieron a la niña recostada de una de las inmensas rocas arrastradas por el río. La niña no respiraba. Alessio la cargó con mucho cuidado. La abrigó con una manta de la madre, la colocó en la arena y le abrió la boca. Con fuerza le insufló su aliento energizado. La dejó en reposo y, al cabo de unos minutos, la niña abrió los ojos, estiraba sus brazos y de su boca salía una fuerte luz resplandeciente. Los padres corrieron a abrazarla.

Otro de los milagros fue el de una señora que había sido declarada muerta por una obstrucción respiratoria. Los médicos no llegaron a operarla. Cuando ingresó al pabellón no tenía signos vitales. El esposo de la señora acudió a Alessio, quien aceptó acompañarlo a la mor-

gue. Vio a la muerta, cerró sus ojos para concentrarse. Invocó a su espíritu y recibió el mensaje que necesitaba. Le abrió la boca a la muerta, le aspiró las vías respiratorias y logró extraerle un grano de maíz que había echado raíces en la garganta. Ese era el motivo de la obstrucción. Botó la pequeña planta y volvió a la boca de la muerta, pero esta vez le vació su aliento que llevaba su energía. Repitió la operación tres veces. A la tercera vez, la muerta recobraba la vida. Se levantó y caminó.

Alessio escuchó a Filippo y de inmediato entró en trance. Recibió al espíritu de Cinzia, una mujer que en vida fue maestra de escuela en Pozzuoli, al sur de Nápoles. Ella había sido víctima de una violación similar a la que le ocurrió a Annunziata. Le dijo a Alessio que los culpables eran los hermanos Ettore: Davide y Danio. Eran unos hombres malos, pescadores de Punta Licosa, un pueblo pesquero de la costa del golfo de Salerno. Habían sido poseídos por un par de espíritus malignos que deambulaban en busca de almas débiles. Le dijo que esa noche, ellos iban a estar en la taberna “Vernazza” ubicada en los alrededores del puerto. Le dijo también que tenía que castigarlos porque, además de hacerles pagar su crimen, esa acción constituía un acto de Dios para liberarlos de los malos espíritus que llevaban por dentro.

Punta Licoso quedaba cerca de Salerno. Era un pueblo más pequeño que Éboli donde todos sus pobladores se conocían. Filippo fue allá en compañía de Alessio y cuatro pescadores más se dirigieron al puerto y localizaron la taberna “Vernazza”. Uno de ellos entró y confirmó con el tabernero la presencia de los hermanos Ettore. Aguardaron en las afueras la salida de Davide y Danio. Bien entrada la madrugada, salían borrachos y dando tumbos. Con dos redes de pesca, los atraparon. Entre ellos seis, tres para cada uno, los dominaron. Les taparon la boca, les amarraron las manos y se los llevaron a la playa solitaria del mar del puerto.

“...He sido misionado por la fuerza divina del Ser Supremo para aplicar el castigo por los crímenes que ustedes han cometido”, dijo Alessio. Ellos en actitud de inocencia hacían señas con la cabeza, indicando que no sabían nada de lo que le hablaban. *“...Son dos tipos de penas las que tengo que aplicarles. La pena espiritual y la biológica material. La primera, queda en mis manos. La otra, en el padre de Annunziata. La criatura que ustedes vilmente violaron en Salerno”.* De inmediato le dijo a Alessio que procediera con su castigo, quien, con ayuda de los pescadores y sin sentir remordimiento, cumpliría su encomienda. Portaba un cuchillo de hoja larga. El mismo que usaba en el mar Tirreno. Su filo era más agudo que cualquie-

ra de las facas destinadas a despedazar tiburones. Lo desenvainó y sin temblarle el pulso, de un solo tirón castró a los hermanos Ettore.

Alessio, con los cuerpos de los hermanos Ettore desmayados, les sopló a través de sus bocas la energía de su aliento. Les inyectó las partículas portadoras del hechizo mágico. Cuando recuperaran del todo su conciencia ya no serían los mismos. Se transformarían en viejos débiles; no podrían caminar sin ayuda; la artritis de los huesos los haría inútiles; tampoco beberían licor más nunca y jamás podrían realizar el acto sexual. Pasarían a ser vegetales vivientes. Sufrimiento que se extendería hasta la edad de cien años y más. El infierno no estaba en su muerte sino en su misma vida de la Tierra.

Salerno y Éboli celebraron la acción de justicia realizada por Filippo y Alessio. Eran vistos como héroes. Ellos habían dignificado el honor de sus pobladores. Filippo ganó la reputación de hombre valiente y correcto. A Alessio se le elevaba a una nueva dimensión de su prestigio como milagroso. El espiritismo ganaba nuevos adeptos. La policía no dio señales de ningún signo de alegría. El padre Agripino sólo dijo: *“...los milagros son obra exclusiva de Dios. Ningún mortal puede usurpar en su nombre la Fuerza Todopoderosa del misterio*

divino". Palabras que no fueron bien recibidas. Algunos comenzaron a dudar de las bondades de su párroco.

Por su parte, la mas afectada, Annunziata, ya no fue más ella misma. Después del drama vivido no se supo de su existencia. Coincide su desaparición con el misterio de la "Dama de la Daga" . Cuentan los pobladores que una bella mujer salía todas las noches en busca de marineros y pescadores borrachos en las cercanías de las tabernas. Los pescaba con una red tejida con cabello de hombre y cosidas sus puntas con filamentos de sangre. Los ataba de pie a cabeza con mecate de cuero humano y así, sometidos implorando clemencia, desenfundaba la cuchilla de los tiburones y con la fuerza de la mujer que domina a los hombres, zarandeaba su mano de experta cazadora de peces, reptiles y batracios para caparlos con la satisfacción de quien hace justicia por causas de lucha eterna. Annunziata seguía la ruta que le indicaba Cinzia.

La Pasión del 4F

Cuando se celebraba la asamblea ordinaria del MBR-200 en el teatro Chacaíto en diciembre de 1996, Jasper conoció a una profesora que comenzaba a dar sus primeros pasos en la política. Ella era Quionia Zaneta, docente del Pedagógico, representante de la parroquia San Pedro de Caracas.

Tenía 2 hijos y vivía en Los Chaguaramos con su esposo Edelmiro Valerik, comerciante dedicado a la distribución de alimentos. En la medida que avanzaba el proceso político, Quionia se metía cada vez más en las actividades de la militancia. Situación que no le gustaba a Edelmiro. Jasper recuerda que cuando Quionia asistió al evento que preparó Camelia Urbana en Valencia para formar el Frente de Mujeres “Manuelita Sáenz” en mayo de 1998, Edelmiro en un arranque de celos optó por separarse. La dejó sola maldiciendo su actividad política; se quejaba porque ya no eran solo los compromisos en Caracas, sino también en el interior del país. Pero eso no le restó energía a la lucha que ella había asumido. Su apartamento era

centro de operaciones. Allí incorporaron a nuevos simpatizantes de la clase media. Decenas de veces, Quionia acompañó a Jasper durante su campaña electoral por la senaduría al Congreso y estaba presente en casi todas las visitas a los barrios de Caracas. Era una de las primeras en llegar al comando que tenía Jasper en Las Brisas de Catia.

Cuando se obtuvo el triunfo el 6D de 1998, la celebración de Quionia fue empañada al saber que su esposo le exigía el divorcio de inmediato. Aunque afectó algo su acción política esa coyuntura la superó. Además de la docencia como modo de obtener sus ingresos para subsistir, el divorcio trajo el reparto de bienes lo que le permitió instalar una escuela de computación.

En los años 2000, Quionia fue llamada por algunas autoridades que conocían su trabajo para que les ayudara en su administración. Esto hizo que ella se convirtiera en una especie de “apaga fuegos”. Recurría a donde la necesitaban aunque siempre era contratada por espacios cortos. Bajo la categoría de funcionario de confianza, rango 99 en la administración pública, ella nunca quedó fija orgánicamente.

Cuando el golpe de Estado en abril de 2002 y posterior paro petrolero, Quionia se vio obligada a li-

quidar su escuela de computación. Hecho que le limitó sus posibilidades de holgura económica. Se mantuvo con el cinturón apretado hasta que en 2005, regresó de nuevo al gobierno y volvió a establecer su vida austera pero cómoda. A principios de 2008, a Quionia le ocurren dos episodios significativos en su vida: la reaparición de Edelmiro, quien en un intento de reconquistarla la sedujo y, ante el frenesí de ella, se fueron un fin de semana largo para el Hotel “La Puerta de Morrocoy” en Chichiriviche donde solo tocaron la playa la tarde del viernes; porque todo el sábado y el domingo no salieron de su habitación, envueltos de deseos acumulados que desahogaron tendidos con la ropa de cama de algodón egipcio, estímulo para encender aún más la pasión y el fuego del sexo ardiente. El otro episodio fue la isquemia miocárdica que a ella le diagnosticaron. Situación de cuidado que ocurre cuando la demanda de oxígeno es mayor que lo que se aporta, originando una deficiencia de sangre en el corazón.

Si bien Edelmiro no regresó a su casa en los meses siguientes, sí lo hizo después del nacimiento de Sarita, finalizando el año 2008. Él se reencontró con su hogar manteniendo sus posturas contrarias a la Revolución Bolivariana. Sarita se convirtió entonces en el regocijo de Edelmiro y el espacio neutro que permitía ratos de goce de él y Quionia. Ella

con el calor de madre le hablaba mucho a Sarita y le transmitía con palabras y hechos sus motivos por la lucha revolucionaria.

Iniciándose el 2012, el hijo mayor de Quionia, Yves, llamó a Jasper para darle la mala noticia de la muerte de su madre. Quionia no pudo superar la angina de pecho que se le había hecho crónica. Fue una mujer entregada al proceso bolivariano que nunca dejó de expresar su disposición a dar la vida por sus ideales.

Edelmiro, ahora sin Quionia, se quedaba con Sarita que ya tenía 3 años. El sábado 4F, cuando arrancaba el desfile militar, Edelmiro al encender la televisión que en cadena transmitía el glorioso homenaje por la conmemoración del 20 aniversario del “Día de la Dignidad” prendió en furia y de un tirón apagó el televisor. Sarita que con él estaba al perder las imágenes de lo que tanto defendía su madre, ella viendo a su padre le dijo: “...uhhh... ahhh...*Chávez no se va...*”

Madrugada

Entre rumores y amenazas de golpe, tipo 11-A, me despierto a esta hora de la madrugada para escribirte un mensaje, un par de preguntas y algunas indicaciones.

Espectáculo nocturno éste, que contemplo desde mi balcón. Piso 11 que me permite ver hasta Margarita. Como estoy en frente de la bahía de Guayaguayare, diviso todos los buques de gran calado que van al Complejo de Jose y a los muelles de la refinería a buscar su carga. Petróleo, gas y gasolina salen por el Caribe, vía Atlántico, hasta la costa oriental de EEUU. El 35% del total de la exportación nacional se embarca por aquí.

Esos buques de noche se anclan justo a la vista de mi proyección horizontal. Aguardan la salida del sol, el amanecer para llenar sus bodegas y enrumbar su proa 0° grados a suplir el mercado del mundo occidental, de los países del norte, del imperio que cunde de hegemonía a todo el sur. Sus luces, cual barquitos de juguete, de aquellos que vimos con hileras de puntos brillantes en sus

mástiles, forma de triángulo iluminado, se unen a las de la ciudad. Destellos reflejados en las aguas del mar tranquilo, de olas serenas que revientan suavemente, con sonar débil y permanente, derramando sobre la arena la espuma blanca solidaria. De este lado, justo debajo de mis pies, se abre a la inmensidad la playa. Lugar de placidez que desde hoy y hasta el domingo, recibe a alegres y despechados, amantes y compañeros, a todos los que acuden a bañarse de sus calores y soplos de brisas, para despejar la semana del trabajo habitual. Llenarse de la belleza del paisaje que les devuelve la magia del amor.

La noche es oscura, muy oscura. La salva de la penumbra esa cadena de focos encendidos que agarran los extremos de tierra firme, Paseo Colón y El Morro. Forman una semicircunferencia de brillo que expelle su luz hasta la luna escondida, que no resiste el resplandor marino.

Qué calma tan imperturbable. Hasta los vientos están de reposo. Nada se mueve. No hay alma deambulando ni vehículo marchando a laborar. Nadie afuera. Sólo arena, tronar de olas y reflejo artificial. Ahora, un enamorado asomado al espacio libre, sin nada que lo detenga, sin barandas que lo protejan, contemplando las sensaciones que le mueven a amar. Qué loco, ahí esta, desnudo en medio de

la quietud oscura, integrándose al paisaje, rompiendo el croquis del dibujo natural. Retando a la noche, porque pretende encenderla con su propia luz. Destellos que salen de su aura. Centellas que arrojan sus pensamientos clavados en esa mujer. No dormir, es la orden de su corazón. No quiere abandonar el embrujo de la seducción aún misteriosa de Alessia, que así ella se nombra. Aunque lo llamo a él, loco desnudo de la madrugada y lo invito a continuar con el sueño de su reposo, él se niega. Quiere continuar con ella a su lado, en su memoria, en su recuerdo. Construyendo fantasías de una realidad que todavía no llega. Pero que le anima a vivir. Ahí se queda. Quiere ver el amanecer, recibir el sol y acompañar a los buques hasta su puerto de carga. Tiene la intención de no dormir más hasta besarla, a ella, en la boca. Que siga allí, escuchando otra vez la música que no para de sonar. Lo dejo en su singular mundo impregnado de ilusiones. Buscando a su amada, transmutándose a Caracas donde Alessia para ver como es, donde está, qué le ocurre a la mujer de sus nuevos sueños. Qué loco... amaneceré trasnochado.

Las raíces de Sekuru

Resulta que Sekuru se fue de su casa a los diecisiete años. En el año 1900, Sekuru salió de El Guapo, por primera vez desde su nacimiento en 1883, consiguió trabajo en los ingenios azucareros de los Valles de Aragua. Entre Turmero, San Mateo y El Consejo se mantuvo hasta 1908, cuando lo contrataron para trabajar en “La Chapa”. Allí conoció a Yawa que era una niña. Vivía con su madre la negra Bayé, quien no tenía apellido alguno. Siempre la llamaron así y a nadie le interesó saber más nada de ella. Por eso Yawa tampoco tuvo apellido. Bayé siempre fue conocida como Bayé a secas. La negra Bayé trabajaba en el albergue para madres sin hogar mientras Yawa asistía a la escuela diurna de La Victoria.

Como Sekuru era de la cultura yoruba, buscó relacionarse con los círculos practicantes de esta cultura religiosa. Así es como se enteró que la negra Bayé estaba a cargo de los santos que reposaban en el altar del templo principal de La Victoria. Entre ellos surge una amistad estrecha.

Bayé, nacida en Costa de Marfil, llegó de un año de edad procedente de Trinidad. Mariya, su madre, quiso venir a Venezuela; pero, el buque, de bandera desconocida y sin declarar la mercancía que transportaba, no consiguió el permiso para atracar en La Guaira. Así que tuvo que conformarse con desembarcar en Puerto España. Como pudo se las arregló para que la trasladaran hasta Güiria. Sin documentos, ni saber qué hacer en Venezuela, volvió a embarcarse en una lancha que negociaba mercancía de contrabando entre los dos países. Las pocas millas que separaban las costas eran tránsito permanente de embarcaciones piratas que negociaban de todo. Desde licores, piedras preciosas y drogas hasta el paso de indocumentados. Pero como Mariya no tenía dinero, el marinero aceptó que le pagara en especie. Un rato de amor caliente en el camarote le reconfortaba su espíritu de navegante aventurero. Mariya se ganaba las indulgencias apelando a su condición de madre desamparada.

A Mariya no le importaba Bayé. Pensaba abandonarla al llegar a tierra firme. Ella creía que ella sola podría sobrevivir, pero con una pequeña de un año sería imposible. Así que en Güiria lo primero que hizo fue entregar a Bayé.

Por casualidad, Rivu se le cruzó en el camino y Mariya no vaciló en ofrecerle a la niña. Rivu

era un negro cimarrón, esclavo liberado que se dedicaba a predicar su religión resultante del sincretismo mestizo. Fusión de las creencias yorubas del África, la de los pueblos aborígenes, la hechicería, el espiritismo, el catolicismo europeo y creencias paganas. Deidades y ancestros, santos y seres humanos, rezos y tambores, música y oración. Espíritus que descendían al mundo de los vivos para reparar daños, curar enfermos, indicar caminos, en nombre de los dioses. Ofertas de penitencias por favores recibidos. Rivu era uno de los tantos religiosos de ascendencia africana que su misión era propagar en Venezuela su religión. Quería rescatar las creencias originales de sus ancestros. Retornar a las bases fundamentales de los *orichas* en África.

Cuando Rivu era esclavo rechazaba el sincretismo. Esa fue una de las razones por las cuales se convirtió en rebelde. Propagaba su oposición a la conversión católica obligada por los españoles. Sus razones eran preservar sus creencias y no aceptar la obra evangelizadora de los blancos. Incitaba a la negritud esclava a la rebelión. Sembraba la inquietud entre los hacendados, al manifestar abiertamente su descontento y odio hacia los blancos. Se fugó con otros esclavos y se internó en la selva de Barlovento. Organizó su

propia “cumbe” y se estableció en el sitio más estratégico del lugar, para observar cualquier movimiento extraño. Asaltaba haciendas. Cobraba tributos. Se llevaba a negros libres, esclavos y, sobre todo, mujeres. La cumbe de Rivu cumplía con la fama ganada de ser la expresión de la rebeldía organizada contra el sistema esclavista. Cuando atacaban las haciendas y se llevaban el cacao, lo que hacían era tomar parte de lo producido por ellos durante años. Por eso hablaban de “confiscación” contraponiendo la calificación de “robo” que empleaban los blancos.

Estando en Güiria, cuando Mariya le ofreció la niña a Rivu, él se apiadó de la criatura. Le partió el alma saber que la madre la rechazaba. Rivu tomó a Bayé y con la ayuda del grupo que le seguía le brindó su cuidado. Pero Rivu no tenía planes de establecerse en ese pueblo. Su objetivo era iniciar un peregrinaje desde Güiria hasta la capital para fundar un templo en Caracas.

Dos años demoró en llegar a su destino. En Caracas, Rivu encontró mucha resistencia por parte de la iglesia católica. No le daban la oportunidad y le cerraban los pequeños espacios que lograba abrir. Por ese motivo tuvo que emprender de nuevo el viaje y es así como se establece en los Valles de Aragua.

A pesar de la dependencia que todo niño tiene con el adulto en sus primeros años, Bayé tuvo que zafarse de esa tutela a temprana edad. Por sus propios medios logró trabajar en un puesto de venta en el mercado de La Victoria y como ayudante de los servicios religiosos.

Así fue creciendo y sobreviviendo sin ayuda de nadie. Dándole respuestas a las circunstancias adversas que encontraba en la vida. Rivu aceptó la independencia de Bayé. Quedó satisfecho con haberle enseñado los principios de su religión y el coraje para afrontar la realidad. Él ya no podía hacer más nada por ella.

A los veinte años, Bayé era una negra preciosa. Diferente al prototipo de negros africanos que se encontraban en las haciendas de cacao. Ella era una negra sensual. Su cuerpo lucía perfecto. La forma refinada de sus caderas, el succulento busto y su tórax plano sin barriga, la convertían en un monumento de mujer. No tenía el cabello ensortijado sino liso y corto. Ojos grandes y labios gruesos, lucían armónicos con sus pómulos disimuladamente pronunciados. Así que, esta despampanante negra, se convirtió en la más sensual de toda La Victoria; pero así de provocativa era que a esa edad quedó preñada.

A fines del año 1900, nació su hija. La niña se bautizaría solamente con el nombre de pila. Ella escogió Yawa. Nombre de la diosa que controlaba el destino de todos, desde el nacimiento, pasando por los triunfos y desventuras, hasta la muerte. No quería que su hija dependiera de los hombres, sino que los dominara y los subyugara hasta verlos a sus pies. Hondas quedaron las heridas por saber que Mariya la entregó a un desconocido, que Mariya no la quiso como madre y, más dolor le causó saber que su padre era un marinero de puertos, de bares, de licor y de desprecio por la vida de las mujeres. Bautizándola como Yawa se vengaba de la vida que no pudo ser diferente a lo que ella hubiese querido que fuera. Como Yawa las energías de los dioses fluirían por sus venas y la convertirían en una mujer de coraje, enfrentando las penas de la vida y manteniéndola no sumisa de los hombres, independiente y luchadora por siempre.

Bayé le reveló el secreto de su embarazo y sus razones existenciales a Sekuru, cuando la relación de amistad había prendido entre ellos y ambos sabían que la confraternidad era lo que los unía. Lo hizo con la exigencia de jurar que no lo divulgaría nunca jamás. Lo hacía también porque quería comprometerlo de por vida. Promesa que sería inviolable. El compromiso era encargarse de Yawa al ella morir. Su muerte podía ocurrir en cualquier momento, ya

que su corazón se debilitaba cada vez más y aunque no podía hacer pronósticos, tenía la certeza que ocurriría pronto.

Aunque Bayé se mantuvo con vida durante siete años más, Sekuru se hizo cargo de Yawa desde que cumplió los diez. Para Bayé le era dificultoso atenderla. Su corazón enfermo la consumía. En 1915, Bayé no pudo resistir más. Murió mientras dormía. Muerte serena que le llegó con el convencimiento de ser un espíritu con luz para ascender a las alturas y posarse al lado de Dios.

Ese año, Sekuru decidió que era tiempo de regresar a sus tierras. De volver a las haciendas de cacao de Barlovento. Yawa, ahora de quince años, se iría con él. A vivir otra vida. Le entristecía dejar a su madre enterrada en los valles fértiles de Aragua. Tierra que la acogió con benevolencia durante su niñez y adolescencia. Pero se iba con Sekuru, el hombre que les tendió la mano a ella y a su madre. El hombre de quien más nunca se desprendería.

Sekuru encontró a Barlovento sin muchas alteraciones. Quince años habían pasado y allí seguía su pueblo con su gente y rutina del cacao. Las inundaciones frecuentes, la humedad y la selva intrincada. Esperanzas por cambios que no llegaban. La inercia del tiempo indolente que moría con la

fatiga de sus braceros oscuros. Sekuru regresaba a su punto de partida. El fin mordía de nuevo el comienzo de otra historia. Volvía a la siembra y a la brega de recoger los frutos de esas tierras fértiles. Tierras de las raíces de su vida y las de sus ancestros. Retornaba para ya no salir más.

La conversión de un escuálido

Benigno quedó impactado con lo que escuchaba. “...Radonsky es un loro...”, ¿qué es eso... quién dice tan precisa comparación?, se preguntó. Alejado como estaba del televisor, lo que oía le interesó tanto que se acercó a la pantalla y leyó los textos del pronter que identificaba al entrevistado. Dahir Ral, pujante periodista de VTV, era la conductora del programa matutino donde Lubín se destapó. Remataba la frase señalando: “...*además de neoliberal, Radonski repite el discurso de Obama, lo copia... sus asesores le inducen a acoplarse a las propuestas de George Lakoff, estudioso de la semántica generativa, guía del Presidente norteamericano para la campaña electoral...*”.

Benigno voló en su recuerdo y se ubicó en el momento cuando conoció a Lubín Tacio cuando trabajaba para Wal-Mart Stores, Inc.; la compañía estadounidense que por sus ventas y empleados es la más grande del mundo. Lubín se acercó a la Universidad de Filipinas en Manila, donde Benigno dictaba una conferencia como parte de la agenda que le organizaron en su visita a ese país.

Lubín le dijo a Benigno que él estaba en Manila haciendo un trabajo de investigación para la instalación de una tienda Wal-Mart. Dijo también que había salido de Venezuela durante el gobierno de Jaime Lusinchi, becado por la Fundación Ayacucho y que al finalizar los estudios en New York University fue reclutado por la transnacional. Terminó la corta conversación haciendo énfasis en el respeto a la decisión del pueblo venezolano, pero que él no simpatizaba con el gobierno de Chávez. En tono jocoso expresó con orgullo que él era “escuálido”. Sin embargo, le pidió a Benigno su correo electrónico para mantener contacto por esa vía.

Hace un par de años, Lubín le escribió a Benigno e hizo mención al episodio de Manila. En esa oportunidad su tono de rechazo al proceso bolivariano no era el mismo. Se le notaba una marcada aceptación a los logros del gobierno en materia económica y social. Presagiaba la crisis del capitalismo en EEUU., y la incapacidad del presidente Obama para mantener vivo el estilo de vida estadounidense. Sobre Venezuela señaló el seguimiento que le hacía al proceso desde el 2005 y remarcó las cifras de crecimiento de tres empresas transnacionales que para él dicen más que cualquier análisis macroeconómico que elabora la oposición venezolana con sus economistas neoliberales. Se refirió a LG, Movistar y Master Card. Decía que el mercado era

sólido, pujante y que sobrepasará los estándares que definen a los emergentes de Asia. Desde entonces, Benigno lo incorporó a la red cibernética que mantiene vigente con todos aquellos que creen en la difusión ideológica como factor determinante para profundizar el proceso y continuar la revolución. Su posición política era entonces de “ni-ni”.

En 2011, Lubín llamó a Benigno para informarle que estaba en Venezuela. Le dijo que venía dispuesto a trabajar por el proceso; específicamente a conocer en la práctica la organización de las comunas. Su propósito es contribuir transmitiendo lo que aprendió en el condado Fulton del estado de Nueva York, donde vivió diez años: autogestión y autogobierno. Le enfatizó que estaba dispuesto a aportar su talento por la causa popular venezolana. Le dijo con vehemencia: *“soy ahora un escuálido converso”*.

“...me desempeño como vocero de la comuna en construcción Pío Tamayo y coordinador de las patrullas de vanguardia en Camatagua, donde vivo y en donde hacemos logros por la emancipación del pueblo... Soy chavista...”, terminó enfatizando. Dahir, más linda que siempre se emocionó por lo que decía su entrevistado...

El tul azul

Su papá la dejó en la puerta del colegio, la del zaguán que conducía hasta la propia entrada a las instalaciones escolares. Las “Hermanas del Amor de Dios” dirigían esa unidad educativa. Ella se bajó del carro con su traje de tul azul. Se levantó tempranito para contemplar el tejido delgado y transparente de seda que en forma de malla vestiría su cuerpo en unos minutos más. Su mamá lo había comprado una semana antes. Esos siete días la llenaron de anhelo. Verse en esa envoltura de mariposa bailarina se convirtió en una ilusión que la hacía feliz. Fueron siete días de esperanza, de sentirse transformada, en hacer realidad el sueño de bailar. Una semana completa hablándole a su familia del tul azul.

Llegó el día. Amaneció emperifollada. En plena oscuridad antes que los rayos iluminaran el cielo azul intenso, despejado de nubes en toda su magnitud, ella ya se había arreglado y pintado su cara. Era la fiesta de carnaval. Se sentó en la sala a esperar a su papá. No desayunó. La

emoción le quitó el hambre. Quietecita aguardó con paciencia la hora de salir para el colegio de las religiosas. Al llegar a la puerta del zaguán, su papá le dijo: “...*disfruta tu fiesta hijita... vengo por ti a las dos de la tarde...*” y ella entró a ese porche que se le hizo largo, más que todos los días cuando caminaba por allí para ir a su salón de segundo grado. Cada paso que daba aceleraba los latidos de su corazón. Era tanta la excitación que se llevaba las manos a su pecho para calmar sus alteradas palpitaciones. Abrió la puerta y ahí estaba la Hermana que recibía diariamente a los niños. La miró sonreída, contenta porque iba a recoger un halago complaciente. Pero al ver el rostro de sorpresa que puso Sor Deodida, cambiándole a esa cara que expresaba disgusto, ella se paró en seco y asimismo su corazón. “...*la fiesta no es hoy... es mañana...*”. Giró la vista a su alrededor y se dio cuenta que las niñas iban vestida con su uniforme de diario. Ella era la única en su traje de tul. Vergüenza fue lo que sintió de inmediato. La pintura de su cara se derritió y su ánimo se convirtió en tristeza. Bajó la cabeza para evitar que le vieran las primeras lágrimas, cuando escuchó las palabras agrias que salieron de la boca de esa monja que remataba el cuadro de desasosiego de la niña, diciéndole “...*así no puedes entrar al salón... regresa al zaguán y espera que tus padres te vengán a buscar...*”.

Al borde de la desesperación no sabe qué hacer. Da media vuelta y llorando en silencio para que no la escuchara nadie, decide sentarse en el suelo. Ahí estaba con su traje de tul mojado de desconsuelo, con las piernas recogidas y su corazón herido. Ella había entendido que la fiesta era el jueves y así lo dijo en su casa. El zaguán, de cálido portal, pasó a ser generador de frío. Arrinconada vio entrar a las niñas de todos los grados. La miraban a ella y se reían en tono burlón. Hasta un perro callejero intentó lamerle sus zapaticos y lo tuvo que sacudir. Tenía sed y no pudo beber. Contuvo el orín hasta que se hizo en sus pantaletas. Ahora con hambre, el llanto brotó como cascada de río turbulento. Adentro, las monjas oían el sufrir de la niña. Parece que lo disfrutaban como si fuera una pena por haber cometido un trágico error. Sentenciaba entre sollozos: “...*No son buenas estas monjas. ¿Por qué se llaman Hermanas del Amor de Dios...?*”.

Cuando apareció su papá, se lanzó a sus brazos, esperando la consolación. La ternura del padre que ella buscó toda la mañana ahora fue cuando la encontró y progresivamente llegó la calma. Los gemidos fueron cediendo en la medida que su papá la acariciaba y empapaba de cariño.

Al llegar a la casa le dijo a su mamá “...*no voy más a esa escuela...*” y se fue a su cuarto a recostar-

se en la cama. Aún con la huella que la desilusión y vergüenza dejaban en el alma, se fue quedando dormida y soñó: se veía entrando a la cocina de su casa. Hurgaba entre las cosas de limpieza y encontró lo que necesitaba. Seguía removiendo enseres hasta dar con el paquete que le faltaba. Tomó un frasco vacío y echó el líquido. Se guardó el paquetico y salió de su casa. Corrió hacia el colegio. Vio el largo vestíbulo y focalizó la mirada en el sitio donde soportó la vergüenza por maldad de la monja. Vertió el líquido llenando todo el zaguán de gasolina y del paquetico hizo prender un fósforo. Las llamas alzaron su vuelo y refugiándose en la plaza que a una cuadra quedaba contempló la quema de su calvario. Entre las llamas pudo distinguir el hábito de la Hermana Deodida.

Sobresaltada por lo que acababa de soñar, se despertó en el estado de exaltación que combinaba temor y justicia. Las imágenes volvían a aparecer en su nivel consciente. Una y otra vez, aún en la cama y en la misma posición que adoptó dormida, latían las ideas de lo soñado. Lo fue repitiendo en su mente, hasta que estuvo convencida de lo que podría hacer. Entonces se repuso, sentada y erguida, con firmeza y decidida se dice a sí misma: “...eso es lo que haré...”.

Recuerdos de la carretera

Me llamo Oleg Gebre, escritor y militante de la revolución desde la época de la lucha armada. Converso con Daniela, dama púrpura, refinada, que acelera mi corazón. Aunque hablo también a todas las mujeres que seducen a los hombres. Hablo al universo que se enamora y se sensibiliza por asumir la lucha política que hace marcas en la sociedad. Te hablo entonces Daniela y te lo digo.

Ayer estaba en Cumaná. Fui a buscar el primer título de la serie “Libros de Bolsillo”. Edición de la Fundación “Castillo de su Eminencia” del estado Sucre, dirigida por la pintora Palixena Escalante, impulsora de este trabajo a convertirse en serie. Tomé el N° 1 y dejé en prensa el libro N° 2. Lo buscaré dentro de diez días. Tiempo suficiente para acabar el borrador del N° 3. Cuando se trabaja inspirado y se tiene un bagaje de experiencia, teórico y práctico, en eso de andar buscando la revolución, se hace fluida la narración de los hechos o creación de categorías a incorporar a la estructura de la tesis del socialismo revolucionario en Venezuela. Es más, se convierte en un placer escribir lo que se cree.

El plan es editar 10 libros en esta primera etapa. Buen trabajo el de Palixena. Crece su resultado porque se establecieron las conexiones para que hiciera también un programa especial en una televisora local de Cumaná. *“Nueva fase del imperio”* lo denominé. Programa que analizará la génesis estructural de la guerra contra Irak. La doctrina de seguridad del imperio basada en la guerra preventiva permite determinar la intención de Bush. Postulados que no dejan por fuera a Venezuela.

Sin embargo, Daniela, de esto no era lo que quería platicarte. Estoy aquí esperando el cambio de aceite a mi carro en el crucero de Lecherías. Ventajas de la internet. Dos horas para completar el servicio de su mantenimiento periódico. Instrumento de transporte que me ha permitido movilizarme por todo el país a difundir la tesis ideológica del proceso bolivariano. Te decía que ayer me encontraba en Cumaná y de regreso, al final de la tarde, el paisaje de esa carretera peligrosa era sencillamente espectacular. Porque así como está de mala es fascinante su paisaje. Falda de la verde montaña que raya el límite del claro azul del mar. Preciosas playas orientales. Famosas muchas de ellas. De frente un sol inmenso que cae encendido en llamas. Momento de contemplación que invita a la reflexión. A dejarse llevar por los sentimientos que dicen lo que fue el día. Repasar esos instantes que dejaron sentir el

sabor fugaz del éxito. Emociones combinadas con la placidez de la remembranza. Serena marcha del avance por esos caminos de asfalto que empezaron su historia en la mitad del siglo pasado. Melancolía que me llevó a la imagen de Aratz.

Se fue el martes. Washington es su destino inmediato. Vuelve al exterior. Es como su estado natural. Cuando en 1998 retornó para estar a mi lado, en las caminatas por el país difundiendo la ideología revolucionaria, cuando nadie hablaba de eso, venia de haber pasado 9 años recorriendo el mundo. Con su posición determinante y digna ante los dueños de ese canal de televisión, allá en el 2002, adquirió relevancia dentro del sector oficial. Múltiples veces fue objeto de halago por parte del Presidente; desde entonces pasó a ser referencia como figura descollante del Proceso. Ahora regresa a otras tareas profesionales. Al exterior, fuera de su Patria. Lo recordaba ayer con mucho cariño, con ese amor sereno que se siente por los hijos, con la preocupación de la lejanía y de ignorar su nuevo mundo real. El paisaje de ese ambiente me llevó a verlo en mi imaginación. Estampa imborrable. Marca permanente cada vez mas clara. Él, niño, corriendo con su pelo en la frente. Principios de los años 70. Venía hacia mí en ese parque de El Cafetal en Caracas. A medida que corría le saltaba su cabello. Sube y baja con los pasos de la carrera.

Posiblemente su franela era de rayas de colores variados. Pantalón jean de niño. Flaco y con el pecho que alojaba su incipiente asma. Parque infantil del que no he vuelto a saber de su existencia, pero que ahora mismo hago el propósito de visitarlo. Buscar su dirección. Lo voy a ver para sentir ese momento de hace 40 años. Mi hijo, querido hijo, a quien amo. Sabes, esa imagen nunca desaparecerá. Es un emblema de amor, de instantes que pensaban un futuro lleno de ilusiones. Aratz, hijo y compañero a quien he visitado en todas las ciudades en las que ha vivido. Hay una simbiosis de unión peculiar. No expresiva golosamente, sino de admiración y afecto profundo. Lo que refleja respeto, esperanza, camino por recorrer todavía, concreción de metas para orgullo de ambos...

Así, Daniela, figura y afectos de Aratz salieron con la fuerza de la reminiscencia, (no sabía de él, desde que se fue. Además por lo de la guerra y las medidas de seguridad en EEUU., a él siempre le encuentran parecido con el prototipo árabe. Hecho que me llevó a llamar tres veces en el día de ayer a Ainara. Quería transmitirle mi añoranza y la preocupación que afloraban por su hermano). Bueno, en esa hora y media de recorrido por las curvas cerradas, tejidas y armadas minuciosamente por los camiones de carga, arrastrando consigo la lentitud del tránsito por las inmediaciones de los pueblitos de orilla, su

gente acostumbrada a ese paso obligado de viajeros y turistas, de comerciantes y funcionarios, todos transitan por el frente de sus casas. No salen secos del área, allí toman las bebidas que ellos les ofrecen y comen de sus platos que les venden al pie del “policía acostado”. Seguidilla que al cruzar por los Altos de Santa Fé nos hace respirar el aire de las proximidades de Guanta y su industria emblemática en Pertigalete.

Ese viaje de ayer me permitió también sentir satisfacción. Me sentía alegre, sin remordimientos por lo que he hecho en mi reciente pasado, aunque sin estar en el poder y haberlo dejado de manera abrupta, supe que todo había sido para bien, más ahora al dibujarse -aunque no tan nítidamente- la antesala de recibir los reconocimientos del pueblo por las acciones de hacer una obra cuyo molde ha sido vaciado por principios, dignidad y moral.

Entonces, te decía Daniela, ese momento también exigía expresar mis sentimientos. Mis emociones acumuladas necesitaban desahogarlas con alguien. Siempre ha sido así. Cuando finalizo una actividad y ésta ha sido exitosa aparecen en mí, intensos deseos de transmitírselos a un ser querido. Momentos fugaces de felicidad... y no tenía a quién expresárselos. Por eso también llamé a Ainara y fue ella la receptora de mi caudal de sen-

saciones. Tú, amiga y más que amiga, admirada Daniela, lo sabes también, el amor hacia los hijos, sublime, intenso, profundo, único, nunca será igual al amor que nace, se reproduce, se consolida con una pareja. Dos dimensiones del misterio del amor totalmente diferente. Decirle a un hijo las emociones represadas, nunca tienen la misma vehemencia, ni el placer de la pasión que cuando se le confiesan a una mujer. Más aún cuando a ella se le ha susurrado al oído y arrullado con el goce íntimo de la fusión de las almas entregadas en cuerpo entero.

Me han interrumpido múltiples veces... el celular no ha dejado de sonar. Grupos políticos, personas necesitadas, el pueblo pueblo que busca dejar su voz en quien la pueda escuchar. A veces ese es mi rol existencial y que me motiva a seguir ejerciéndolo. Vocero de las voces ahogadas que nadie oye. Bien común como lo entiendo. Justificado está. Eso lo tenía que cumplir y lo haré hasta que termine mi vida material, biológica, humana. Me llevaré la gracia para la vida espiritual. Lo hice en este mundo y cumplí por convicción una misión no buscada. Más de eso sería ir contra la misión de mi paso por la Tierra...

Copia de esta nota la voy a enviar a mi computador, para trabajarla y dejarla ahí escrita. Tengo en mente otra novela. Estos estímulos espontáneos y

solitarios no pueden escaparse de lo que se concibió al escribirlos. Gracias, mi íntima Daniela, por estar ahí. Sin saber que pasará, ni que buscamos ambos en términos concretos de esta relación. Vas y voy. Giros y vueltas. Encuentros, brotes de ternura, esperanzas de algo que no llega, pero seguimos esperando el arribo de lo que no vendrá. A pesar de lo que ya he sentenciado, continúas con paciencia alimentando la esperanza. Qué bueno que sigues animada a escucharme en estos minutos. No en vano se ha regenerado mi energía y quizá sea esto un poema.

Esa imagen de hoy

Era 1999, trece años atrás, un día de esos no imaginados. Que a veces nos sorprende lo que es su rutina. Me meto en un día de esos para vivir lo que fue. Un día y un ayer que siento como hoy, enterraron a su suegra. Lo vi abrazado de su cuñada. Lloró mucho. Desahogó un dolor dormido. Dolor que recogía unos 15 años de estrecha relación con esa familia. Su suegro, ahora viudo, le quiere también. Es el abuelo de su hijo, el padre de su ex-esposa.

Me conmueve verlo ahora saliendo del edificio. Aquel niño de pelo liso y pollina hasta la frente que el viento sacudía al ritmo de su carrera por el parque, ahora hecho hombre. Lo veo desde la ventana de mi cuarto. Ese Pent House de la residencia El Parque en El Marqués. Espacio que tiene historia, entre ellas, el nacimiento del MVR en su comedor con la mesa de madera caoba y el juramento del comité de los 5 en junio de 1997.

Allá va él, caminando, a buscar a su hijo, quedó solo mientras enterraban a su abuela. Lo veo ale-

jarse por la calle, nadie lo acompaña, seguramente triste, sintiendo y extrañando la ausencia de un ser querido a quién más nunca en la vida volverá a ver. Desde aquí siento su dolor. Lo sigo hasta que desaparece de mi vista.

Esa imagen de hoy, desde mi ventana, del niño hecho hombre, enfrentando la rudeza de la vida, caminando por la calle, sintiendo un sufrir, no la olvidaré nunca. Ese niño hecho hombre...ese es mi hijo.

Contenido

Presentación.....	5
Raymond Robion.....	15
La escopeta de mi abuelo.....	21
Ayunga y Shaka.....	25
Las lochas de Tatá.....	29
Annunziata.....	35
La Pasión del 4F.....	43
Madrugada.....	47
Las raíces de Sekuru.....	51
La conversión de un escuálido.....	59
El tul azul.....	63
Recuerdos de la carretera.....	67
Esa imagen de hoy.....	75

Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de octubre
del año 2012, en el Taller
Impresos Carlha Scarleth,
en Caracas, Venezuela



El autor

William E. Izarra

Dedicado a transmitir conocimientos y a crear ambientes intelectuales generadores de imágenes de fuerza y espíritu. Militar de formación básica, luchador social por la Revolución y ahora principiante en la narrativa literaria. Su militancia política la comenzó en el seno de las Fuerzas Armadas a fines de los años 70, uniéndose al MBR200 a mediados de los 90. Inspirado en la formación de consciencia desde esos años de búsqueda revolucionaria su labor ha continuado en tiempo presente de manera inagotable. Aún hoy sigue empeñado en la formación para el cambio de estructura.



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**